

Entrevista a Emilio Santiago: “El ecologismo está preparado para convertirse en hegemónico”

Juanjo Álvarez

■ *Emilio Santiago es antropólogo, investigador, rapero frustrado y probablemente una de las voces más importantes del ecosocialismo en el Estado español. Autor de dos ensayos de enorme interés, No es una estafa, es una crisis de civilización (2015) y Rutas sin mapa (2016, Premio Catarata), prepara la edición de dos libros que se derivan de su monumental tesis doctoral, dedicada al estudio de la transición ecológica de Cuba durante el periodo especial. Este perfil investigador se desarrolla siempre de la mano de su perfil activista, situado en la ciudad de Móstoles, dentro de la periferia obrera madrileña, donde ha realizado una labor de militancia autónoma, fundamentalmente en el Instituto de Transición Rompe el Círculo.*

La experiencia institucional

Juanjo Álvarez: Tu recorrido está muy ligado a la experiencia del Instituto de Transición Rompe el Círculo (IT), que estaba implantado en Móstoles antes de los *gobiernos del cambio*. ¿La experiencia institucional se puede entender como continuación del proceso ciudadano?

Emilio Santiago: En nuestro caso sí, aunque esta respuesta no es generalizable. Negar la conexión de los gobiernos del cambio con el ciclo de efervescencia social que inauguró el 15M es tan absurdo como pensar que la explosión del 15M se agota en su expresión institucional. En el IT ya veníamos reflexionando sobre la necesidad de articular activismo y trabajo institucional antes del fenómeno Podemos. Esta reflexión se alimentó de varias fuentes: un mejor conocimiento histórico de los cambios sociales de antaño, el contacto con el sentido común de la gente fuera del gueto libertario del que procedíamos, la profundización en las consecuencias de la ruptura epocal derivada de la crisis ecológica. También de la misma experiencia del 15M: un laboratorio que mostró las hermosas potencias, pero también los límites de la autoorganización ciudadana. Y habría que mencionar la influencia de compañeros que apostaron por el municipalismo y con los que compartíamos ateneo y comunidad de lucha. A este horizonte lo denominamos estrategia dual. Y formó parte de nuestro diseño de intervención, de modo explícito, al menos desde 2013. La colaboración con *Ganar Móstoles*, primero echando una mano con el programa y ahora asumiendo la gran responsabilidad, pero también el enorme privilegio, de desempeñar tareas de gobierno se debe entender como el cumplimiento parcial de nuestra hoja de ruta.

5. AQUÍ Y AHORA

J. A.: Una de las virtudes del IT es que fue capaz de aglutinar a sectores no politizados y superar el entorno más militante. ¿Cómo entienden esas personas, con menos experiencia política, el desarrollo de esta experiencia?

E. S.: Para ser honestos, en ningún momento el activismo del IT ha logrado superar el ámbito de lo minoritario si pensamos en términos de mayorías. Sí que hemos logrado romper un poco las lógicas endogámicas de los grupúsculos revolucionarios, muchas veces más orientadas a la reafirmación masturbatoria de identidades ideológicas que a la intervención política efectiva. Se ha trabajado conscientemente en ser permeables con el entorno y en una doble dirección. Esto es, con vocación sincera de aprender de la gente y no solo de convencer. Y hemos llegado a involucrar a personas cuyos perfiles se alejan del militante tradicional. Pero *aglutinar sectores*, tomado en serio, creo que aún queda lejos. En cuanto a la percepción del trabajo institucional por gente con menos experiencia política, es más ingenua y menos histórica. Al fin y al cabo conceptualizar la institución como un espacio de trabajo que por su naturaleza genera problemas es coto de angustia exclusivo de muy pocos. Para bien y para mal, vivimos tiempos antipolíticos, pero no antiestatales: la institución está muy normalizada.

J. A.: Con un déficit de cuadros en la izquierda, ¿dudas alguna vez sobre la idoneidad de que tú, como otras muchas personas de la izquierda no institucional, hayáis dado este paso?

E. S.: El déficit de cuadros es un problema real. Somos muy pocas, y si personas que dinamizan y lideran espacios autónomos se involucran en una actividad tan exigente como lo institucional, los movimientos se resienten. Hace unos años cerré un libro (*No es una estafa, es una crisis de civilización*) afirmando que alguien tenía que hacer el trabajo limpio. Era una manera poética de llamar a mantener una masa crítica de personas valiosas en los movimientos como un seguro de vida contra las trampas de la institución. Sigo suscribiéndolo y, por tanto, la duda de si la aventura institucional no va a resultar demasiado absorbente. Pero añadiría hoy un matiz. A veces la perspectiva *movimentista* cae en un cierto elitismo inconsciente ligado a minorías activistas. Por ejemplo, si pensamos en Madrid, a modo de caricatura, en una suerte de *lavapiescentrismo*.

En la transición ecosocial, los movimientos autónomos son esenciales: son la vanguardia real, los laboratorios de ideas y de prácticas rupturistas, portan una mirada visionaria capaz de entender lo posible más allá de lo que existe, y tienen el empuje que hace nacer los hechos consumados justos. Esto los convierte en cualitativamente fundamentales. Como relámpagos que iluminan las encrucijadas y las tareas. Pero cuantitativamente tienen poco alcance. Y esto por su fragilidad consustancial. De fondo, una realidad sobre la que debemos

reflexionar más: el voluntarismo activista es muy poco compatible con esta vida adulta, esta precariedad económica, esta crisis de cuidados y estas expectativas culturales de florecimiento del yo. Desde que conocí la propuesta de Boaventura Sousa Santos, me ha gustado la expresión "política de retaguardia": una institución cuya función es consolidar conquistas de movimientos que van varios pasos por delante.

Pero la realidad es que, salvo en oasis sociológicos muy específicos y con un inmenso valor, este esquema no sucede en casi ninguna parte. Lo que predomina son espacios sociológicamente desiertos en términos de rebeldía, donde los grupos de activistas tienen poca capacidad de intervención real. En ellos es mucho más eficaz, para transformar la vida cotidiana de la gente, una política pública que la autoorganización militante. Estoy por ello cada vez más convencido de que hay que asumir el riesgo de gravitar alrededor del agujero negro institucional, pero sin descuidar el relevo militante en los espacios de autonomía.

J. A.: La izquierda más radicalizada y los movimientos sociales están en tensión con los *ayuntamientos del cambio*, mientras que la mayoría de los votantes sigue dándoles un apoyo fuerte. ¿Cómo ves esta cuestión en Móstoles?

E. S.: Esa fractura existe en Móstoles porque la distancia conflictiva entre bases radicalizadas y proyectos institucionales es estructural. Hay al menos cuatro grandes fallas en este desencuentro forzoso: la primera tiene que ver con *tempos*, responsabilidades y recompensas diferentes. Las bases son por definición impacientes, mientras que las instituciones son maquinarias muy anquilosadas. Por el contrario, el *tempo* de la gestión es endiabladamente rápido, mientras que la capacidad de respuesta de las bases es lenta. Esto dificulta la delegación de tareas en unas bases que desde la institución se perciben como poco eficaces. Como además la responsabilidad de fallar en uno u otro ámbito es radicalmente distinta (el fallo en la gestión es incomparablemente más grave), los cargos institucionales tienden a desconfiar de las bases y acaparar tareas. Lo que es sentido por las bases como un cierre que socava la calidad democrática de un espacio político. Si sumas una división muy tajante en el plano de las recompensas, marcada por la profesionalización, tienes todos los ingredientes para el círculo vicioso de desafección-delegación-tecnocracia que la institucionalidad reproduce.

La segunda falla: el mundo activista es un mundo de máximos, que vive en la confrontación y eso permite trazar muchas líneas rojas. Pero la política institucional ligada a la gestión es un mundo de negociación. Conseguir algo exige siempre pagar un precio porque salvo mayorías absolutas (y ni siquiera), tus propuestas tienen que convivir, a ser posible en paz para desplegarse bien, con las propuestas de otros actores políticos. Esta contradicción obliga al trabajo institucional a ceder en muchas *renuncias irrenunciables* desde la óptica militante. Lo que se

5. AQUÍ Y AHORA

agrava al cruzarse con la tercera falla: los movimientos hoy sufren una auténtica hipertrofia identitaria que los dispone mucho a la reafirmación moral y muy poco al pragmatismo.

Finalmente hay una cuarta falla: normalmente los movimientos no se caracterizan por su experiencia en gestión y administración. Por ello, una irrupción de fuerzas ajenas al juego institucional supone también un enorme aprendizaje de sus verdaderas reglas, que se desconocían de antemano y llevaron a compromisos difíciles de cumplir. Esto es fácilmente percibido como traición. ¿Este desencuentro estructural es irresoluble? Al menos se puede contrapesar. Por un lado, hay que intentar crear espacios para la rendición de cuentas, el diálogo reflexivo común y la toma de decisiones concertada entre base y cargos institucionales.

En segundo lugar, como esta fractura estructural está siempre argamasaada por choques de carácter y agravios subjetivos, personas con capacidad de escucha y cuidado a ambos lados pueden marcar la diferencia entre una tensión sana, políticamente fértil, y una ruptura disfuncional. Aunque esto es inversamente proporcional al tamaño del ente institucional: un contrapeso que solo es válido para ciudades de tamaño medio o pequeño. Móstoles entraría todavía dentro de esta categoría. Que previamente existiera un ecosistema radical especialmente sano, donde tendencias muy distintas han aprendido a convivir, en base al arraigo territorial y también al trabajo de colectivos que se han preocupado de cuidar la sociodiversidad, quizá explica que esta fractura, aun existiendo, sea menor que en otros lugares.

J. A.: Si tuvieras que hacer un balance de este año, ¿cuáles serían los elementos más importantes de ese balance?

E. S.: Estamos tomando las medidas de nuevos espacios de transformación: del ayuntamiento, de un gobierno de coalición, de la gestión en las concejalías y especialmente las medidas de la sociedad civil más allá del gueto, con la que interactuamos cotidianamente (AMPAS, clubs deportivos, asociaciones de vecinos...). Destaco el proceso de aprendizaje tan intenso y acelerado en el que estamos teniendo que nadar o ahogarnos. Y claro, muchos logros concretos: se han triplicado las ayudas sociales o las becas, hemos puesto fin al saqueo tras doce años de barra libre del PP, estamos perfilando el rescate de una parte importante de los servicios públicos externalizados... También hay ámbitos donde no se está avanzando tanto y queda mucho por hacer.

En materia ecosocial, nos hemos centrado este año en sentar las bases (políticas y presupuestarias) y pensar el diseño para un proyecto de transición ambicioso dentro de las posibilidades realistas de Móstoles, que empezará a ser visible en 2018: transición energética, agroecología, sensibilización decrecentista, cambio del modelo de zonas verdes, involucramiento ciudadano... Por supuesto, en el balance habría que hablar de cansancio y frustración, pero esta es más personal

que política: la institución tiene una tasa de retorno energético mínima y te obliga a operar desde contradicciones ideológicamente muy incómodas. Pero si uno logra quitar importancia a sus pájaras vitales, es un privilegio trabajar, aun con tantas dificultades, para impulsar en tu ciudad, a la que amas como amas a sus gentes, una tarea como la transición ecosocial. Y como decía mi director de tesis: espero que al final de este ciclo podamos estar orgullosos de cómo hemos usado nuestros privilegios.

J. A.: Aun sabiendo que las etiquetas de movimiento y partido son engañosas, ¿cómo ves la relación entre ambas formas de participación política?

E. S.: Una relación marcada por el desencuentro estructural que he descrito, pero sobre todo por la bajada de marea de la euforia rebelde tras un ciclo hermosamente largo. La movilización social es un fenómeno que funciona por ondas: la gente no quiere ni puede vivir en la guerra

"Obviar al Estado implica caer en una enorme ingenuidad histórica sobre las relaciones de poder"

social de modo permanente. La lucha es siempre excepción y no regla. Quizá uno de los mejores frutos de la simbiosis movimiento-partido con poder institucional sea poder dar forma a estas ondas: que dejasen de presentar un comportamiento maniacodepresivo tan extremo, se regularizasen y permitiesen presentar un patrón de espiral ascendente.

Para ello la institución puede abrir espacios al trabajo de los movimientos, que asegure posiciones y los dote de una buena lanzadera para un alcance mayor en la siguiente oleada. Pero una simbiosis de este tipo necesita condiciones en ambas orillas. Por un lado, instituciones audaces, que sepan hacer convivir la administración y sus inercias continuistas con la experimentación radical. Por otro lado, más que una calle de *agitprop* y movilización, necesitamos calle constructiva, capaz de rearticular nuestras comunidades rotas alrededor de la experimentación cotidiana de embriones de transición ecosocial.

J. A.: Pensadores como Manuel Casal o Luis González Reyes apuestan por la vía movimentista, ¿crees que en la transición ecosocial la vía movimentista será suficiente?

E. S.: En absoluto. Y ni siquiera la vía institucional municipal será suficiente. Es necesario también el Estado. Afirmo esto sin ánimo de polemizar con Luis o Manu, cuyo posicionamiento me parece valioso y necesario, pues también necesitamos movimientos autoorganizados muy fuertes. Pero obviar al Estado implica caer en una enorme ingenuidad

5. AQUÍ Y AHORA

histórica sobre las relaciones de poder realmente existentes. Polanyi afirmó que no ha existido movimiento político con mayores condiciones objetivas para su surgimiento que el fascismo. En un siglo convertido en una trampa malthusiana de declive energético y ecosistemas esquilimados, su advertencia adquiere una lucidez tremenda. La crisis civilizatoria irá concentrando tensión social en un vértice alrededor de la disputa por el poder político entre involución autoritaria y transformación ecosocial. La tentación de las élites de instaurar regímenes represivos llegará mucho antes que la supuesta inoperatividad institucional. Y la resolución de estas encrucijadas marcará como ninguna otra cosa el curso del siglo. No basta decir que el declive energético volverá al ecofascismo energéticamente inviable en el medio plazo: incluso siendo así, lo que dejará el ecofascismo en herencia es un genocidio, y por tanto una tierra socialmente quemada y estéril para construir emancipación. Por eso es necesario actuar desde ya, y preventivamente, para que estos puntos de tensión máxima, que llegarán, se resuelvan en favor de las clases subalternas. Y si dejamos de lado romanticismos ingenuos, lo cierto es que los golpes de Estado nunca los detiene la población civil. Lo hacen facciones democráticas dentro del mismo estamento militar.

Esta es la primera razón para intentar influir en la maquinaria estatal, porque es la que dirime sobre la vida y la muerte. Pero no es la única. El Estado es una entidad muy bien organizada, mucho mejor que nuestros movimientos, que concentra recursos humanos, un gran conocimiento administrativo y una enorme capacidad logística para enfrentar situaciones materialmente complicadas como las que vendrán. Además, el Estado, a pesar de lo socavada que esté su soberanía, sigue contando con instrumentos con una inmensa influencia en la regulación social: presupuestos públicos, legislación, medios de comunicación, educación pública... Creo, por ejemplo, que en estos momentos una repoblación agroecológica de nuestros desiertos demográficos sería mucho más rápida, eficaz y realista si es impulsada por una política pública (algo compatible incluso con un gobierno socialdemócrata) que si es impulsada por un movimiento de éxodo urbano y ocupación autoorganizada, que seguramente no podrá ser masivo, si algún día lo es, hasta que sea demasiado tarde.

Transición ecosocial

J. A.: Actualmente, los informes científicos más fiables dan cuenta de una situación ecológica dramática, ¿cómo ves al movimiento ecologista?

E. S.: Riechmann lleva un tiempo afirmando que el movimiento ecologista ha sido derrotado. Esta tesis es cierta si mantenemos sus expectativas originales: una transición ordenada a sociedades sostenibles. Ya no estamos en esa oportunidad, quizá posible en los años 70, o en la Cumbre de Río 92. Estamos en escenarios de transiciones traumáticas con alto riesgo de colapso y naufragio antropológico. Pero si algo puede

salir bien en los próximos años, será porque el ecologismo adquiera un peso central en la configuración de nuestras sociedades. Para ello contamos con un gran bagaje. El diagnóstico de la crisis socioecológica está científicamente delimitado. Y una buena parte de las alternativas (tecnológicas, sociales, económicas, políticas), bien fundamentadas teóricamente y ensayadas con éxito a escalas pequeñas. El ecologismo está preparado para convertirse en hegemónico, aunque ya solo pueda aspirar a realizar un aterrizaje de emergencia. Quizá su mayor déficit ha sido pensar que las transformaciones sociales consisten en convencer, cuando se trata de enamorar. Ahí sí tiene un gran reto para convertirse en un proyecto de mayorías. Aunque lo cierto es que lo vamos a tener difícil: la verdad del ecologismo no solo es incómoda, sino que choca frontalmente contra patrones de deseo culturalmente muy arraigados.

El problema es que una respuesta ecológica no tiene por qué formularse en un sentido emancipatorio. La sostenibilidad puede ser abandonada por proyectos de sociedad monstruosos (imaginemos una dis-

topía autoritaria ecológicamente ejemplar organizada en base al trabajo esclavo y la agresividad bélica externa). Y para que la promesa del ecologismo inspire una transformación emancipatoria, el principal obstáculo es que el anticapitalismo (horizonte sistémico al que apunta necesariamente cualquier proyección de sostenibilidad con democracia y

“La descomposición del proyecto neoliberal inaugura un interregno de desestructuración sistémica”

justicia social) sigue apareciéndonos como un milagro político. Sin embargo, la descomposición del proyecto neoliberal inaugura un interregno de desestructuración sistémica que vuelve mucho más maleables los márgenes de lo posible. Y ahí debemos incidir.

J. A.: ¿Qué nos pasa para que sigamos tan al margen de estos desafíos?

E. S.: En parte, que nuestro despliegue histórico tiene más de inercia estructural que de acción intencional de sujetos colectivos conscientes. Pero si nos centramos en aquello donde sí podemos intervenir, como los universos simbólicos y discursivos que modulan nuestras decisiones, habitamos marcos de endoculturación que vuelven la problemática socioecológica profundamente contraintuitiva. Señalo tres. El primero es el poder de la tecnolatría como superstición que brota espontáneamente de las condiciones modernas de producción, basadas en el premio de lotería energético de los combustibles fósiles. El optimismo progresista no es una mera ideología, es una religión que se refuerza constantemente en la evidencia robusta de los milagros técnicos coti-

5. AQUÍ Y AHORA

dianos, que han conmocionado nuestros patrones de esperanza. El *Ya inventarán algo* es una respuesta lógica ante la crisis civilizatoria en un mundo que ha hecho que nietos de campesinos pobres podamos tener estos niveles de confort material o este radio de movilidad. El segundo es el poder social de campos científicos, pero también relatos ideológicos, conceptualmente contruidos sobre graves falacias ecológicas y termodinámicas, y que exigen una revisión radical, como por ejemplo la economía neoclásica (pero también una buena parte del marxismo). Finalmente, tenemos un patrón cultural de deseos y un modelo de vida bulímico, configurado para permitir la reproducción ampliada de una economía delirantemente expansiva. Esto hace que cualquier propuesta de restricción al consumo, como las que serían imprescindibles, sea entendida como un ataque al corazón del derecho a la felicidad.

J. A.: ¿Te atreverías a lanzar algunas propuestas para que las mayorías asuman las cuestiones ecosociales como prioritarias?

E. S.: Antes de nada, sería interesante abrir en el ecologismo un debate sobre supuestos comunicativos. El ecologismo ha compartido con el economicismo marxista la creencia de que la posición ocupada en la realidad material determina el comportamiento de los sujetos colectivos. Y con todo el pensamiento ilustrado, el principio de que el mal es fruto de la ignorancia. Si existe el riesgo material de colapso, y lo sabemos, reaccionaremos volviéndonos sostenibles. Por ello parece que la tarea consistiría en clarificar la verdadera situación de fractura ecológica y el resto vendrá solo. Este supuesto no ha superado el banco de pruebas del siglo XX. Las agregaciones políticas capaces de producir historia hoy son mucho más contingentes que necesarias, producto de operaciones de construcción de sentido y mito común, donde lo simbólico tiene autonomía, lo emocional juega un papel tan importante como lo racional y los instrumentos de la sociedad de masas deben ser infiltrados o *hackeados*. Es normal que en los grupos ecologistas existan recelos porque esto es políticamente peligroso y éticamente discutible: ¿tenemos que mentir sobre la gravedad de la crisis ecológica para construir mayorías sociales?

No obstante, si analizamos sin prejuicios uno de los pocos casos recientes donde una contrahegemonía ha tenido el éxito político fulgurante que en parte nos hace falta (Podemos), convendremos que tomarse en serio este análisis ha sido uno de los factores diferenciales de su irrupción. Donde radica el problema y el peligro de Podemos no es tanto en la estrategia, sino en el diagnóstico: la reconstrucción del pacto social de posguerra es ecológicamente imposible. Y mantener viva esa esperanza puede alimentar expectativas que solo salidas ecofascistas podrán satisfacer. Cosa distinta es si tácticamente, en clave electoral, y estando como estamos, la materia prima discursiva que permita a proyectos emancipadores el acceso al gobierno tenga que ser la nostalgia del *welfare*.

ENTREVISTA A EMILIO SANTIAGO: "EL ECOLOGISMO ESTÁ PREPARADO..."

Dicho esto, creo que la propuesta debería trabajar en dos ejes paralelos. Por un lado, una gran clarificación. Desgraciadamente estamos instalados en una enorme confusión sobre las tareas de época. Cuando llegue el segundo gran golpe de esta crisis y vivamos un nuevo ciclo alcista de las materias primas empujadas por el petróleo, será necesario un *blitz* mediático-comunicativo para ligar el crack económico con el crack ecológico, que dista de ser conocido. Hay que poner el diagnóstico de la extralimitación en el centro. Para ello habrá que intervenir en medios de comunicación, pero también como una suerte de *lobby* en sectores clave (universidad, ejército, sindicatos e incluso organizaciones empresariales). En paralelo, es necesario ir desarrollando una codificación cultural de la vida buena y del deseo aterrizada dentro de los límites del planeta.

Convertir el vivir bien con menos, o las experiencias de lujosa pobreza como nos gusta denominarlo en el IT, en la pulsión de una nueva economía libidinal. Para ello hay que intervenir sobre los imaginarios sociales, seguramente mediante productos culturales. Y, sobre todo, retomar ese proyecto del viejo socialismo utópico y del anarquismo de ir desviando constructivamente la dinámica social hacia una suerte de contrasociedad paralela y emergente. Y es que otro gran error de la izquierda ha sido sobredimensionar el papel de la conciencia en los cambios sociales: más que la ideología son las prácticas cotidianas que resuelven problemas, crean vínculos y van generando reproducción social alternativa, las que transforman las sociedades. Y estas prácticas pueden y deben ser autogestionarias, también nacen o se apoyan en políticas institucionales.

Juanjo Álvarez es militante de Anticapitalistas, ecosocialista y miembro del Grupo de Investigación en Transiciones Poscapitalistas